

La cautiva

Echeverría, Esteban

1837 · Poema

LITERATURA.AR

PRIMERA PARTE: EL DESIERTO

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
inconmensurable, abierto
y misterioso a sus pies
se extiende, triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar cuando un instante
el crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.
Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas;
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él sólo puede sondar.
A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa; o su toldería
sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día

duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.
¡Cuántas, cuántas maravillas,
sublimes y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dando al mundo ver!
La humilde hierba, el insecto,
la aura aromática y pura;
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.
Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
de todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.
Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.
Seren y diáfano el cielo,
sobre la gala verdosa

de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.
El aura moviendo apenas
sus olas de aroma llenas,
entre la hierba bullía
del campo que parecía
como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
del astro rey la partida,
callaba, manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.
Sólo a ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz;
o las nubes contemplando,
como extático y gozoso,
el yajá, de cuando en cuando,
turbaba el mundo reposo
con su fatídica voz.
Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía;
la silenciosa llanura
fue quedando más oscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba

una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.
El crepúsculo, entretanto,
con su claroscuro manto,
veló la tierra; una faja,
negra como una mortaja,
el occidente cubrió;
mientras la noche bajando
lenta venía, la calma
que contempla suspirando,
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.
Entonces, como el ruido,
que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor;
se perdió... y luego violento,
se dilató sonoro,
dando a los brutos pavor.
Bajo la planta sonante
del ágil potro arrogante
el duro suelo temblaba.
Y envuelto en polvo cruzaba
como animado tropel,
velozmente cabalgando;
víanse lanzas agudas,

cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.
¿Quién es? ¿Qué insensata turba
con un alarido perturba,
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
se atreve a hollar el desierto
cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos a buscar?
¡Oíd! Ya se acerca el bando
de salvajes, atronando
todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
del bruto que arroja espuma;
vaga al viento su melena,
y con ligereza suma
pasa en ademán atroz.
¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
clavando al bruto la espuela,
sin mirar alrededor?
¡Ved que las puntas ufanas

de sus lanzas, por despojos,
llevan cabezas humanas,
cuyos inflamados ojos
respiran aún furor!
Así el bárbaro hace ultraje
al indomable coraje
que abatió su alevosía;
y su rencor todavía
mira, con torpe placer,
las cabezas que cortaron
sus inhumanos cuchillos,
exclamando: "Ya pagaron
del cristiano los caudillos
el feudo a nuestro poder.
Ya los ranchos do vivieron
presa de las llamas fueron,
y muerde el polvo abatida
su pujanza tan erguida.
Vengan hoy del vituperio,
sus mujeres, sus infantes,
que gimen en cautiverio,
a libertar, y como antes,
nuestras lanzas probarán".
Tal decía, y bajo el callo
del indómito caballo,
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto

el rostro en manto nubloso,
echó en el vasto desierto,
su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

SEGUNDA PARTE: EL FESTÍN

Noche es el vasto horizonte,
noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
el genio de las tinieblas,
para algún misterio inundo,
sobre la llanura inmensa,
la lobreguez del abismo
donde inalterable reina.
Sólo inquietos divagando,
por entre las sombras negras,
los espíritus foletos
con viva luz reverberan,
se disipan, reaparecen,
vienen, van, brillan, se alejan,
mientras el insecto chilla,
y en fachinales o cuevas
los nocturnos animales
con triste aullido se quejan.
La tribu aleve, entretanto,
allá en la pampa desierta,
donde el cristiano atrevido
jamás estampa la huella,
ha reprimido del bruto
la estrepitosa carrera;

y campo tiene fecundo
al pie de una loma extensa,
lugar hermoso do a veces
sus tolдерías asienta.
Feliz la maloca ha sido;
rica y de estima la presa
que arrebató a los cristianos:
caballos, potros y yeguas,
bienes que en su vida errante
ella más que el oro aprecia;
muchedumbre de cautivas,
todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
pacen la fragante hierba;
y al lazo, algunos prendidos,
a la pica, o la manea,
de sus indolentes amos
el grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
que charla ufana y hambrienta,
atado entre cuatro lanzas,
como víctima en reserva,
noble espíritu valiente
mira vacilar su estrella;
al paso que su infortunio,
sin esperanza, lamentan,
rememorando su hogar,
los infantes y las hembras.

Arden ya en medio del campo
cuatro extendidas hogueras,
cuyas vivas llamaradas
irradiando, colorean
el tenebroso recinto
donde la chusma hormiguea.
En torno al fuego sentados
unos lo atizan y ceban;
otros la jugosa carne
al rescoldo o llama tuestan;
aquél come, éste destriza.
Más allá alguno degüella
con afilado cuchillo
la yegua al lazo sujeta,
y a la boca de la herida,
por donde ronca y resuella,
y a borbollones arroja
la caliente sangre fuera,
en pie, trémula y convulsa,
dos o tres indios se pegan
como sedientos vampiros,
sorben, chupan, saborean
la sangre, haciendo murmullo,
y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
y se desploma la yegua
con aplausos de las indias
que a descuartizarla empiezan.

Arden en medio del campo,
con viva luz las hogueras;
sopla el viento de la pampa
y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
cuando el hambre está repleta,
sigue el cordial regocijo,
el beberaje y la gresca,
que apetecen los varones
y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
en grandes bacías echan;
y, tendidos de barriga
en derredor, la cabeza
meten sedientos, y apuran
el apetecido néctar,
que, bien pronto, los convierte
en abominables fieras.
Cuando algún indio, medio ebrio,
tenaz metiendo la lengua
sigue en la preciosa fuente,
y beber también nos deja
a los que aguijan furiosos,
otro viene, de las piernas
lo agarra, tira y arrastra
y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, ríe, canta,
y al regocijo sin rienda
se da la tribu: aquél obrio

se levanta, bambolea,
a plomo cae, y gruñendo
como animal se revuelca.
Éste chilla, algunos lloran,
y otros a beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
la embriaguez se enseñoera
y hace andar en remolino
sus delirantes cabezas.
Entonces empieza el bullicio,
y la algazara tremenda,
el infernal alarido
y las voces lastimeras,
mientras sin alivio lloran
las cautivas miserables,
y los ternezuelos niños,
al ver llorar a sus madres.
Las hogueras entretanto
en la obscuridad flamean,
y a los pintados semblantes
y a las largas cabelleras
de aquellos indios beodos,
da su vislumbre siniestra
colorido tan extraño,
traza tan horrible y fea,
que parecen del abismo
precita, inmunda ralea,
entregada al torpe gozo
de la sabática fiesta.

Todos en silencio escuchan;
una voz entona recia
las heroicas alabanzas,
y los cantos de la guerra:
"Guerra, guerra, y exterminio
al tiránico dominio
del Huinca; engañosa paz;
devora el fuego sus ranchos,
que en su vientre los caranchos
ceben el pico voraz.
Oyó gritos el caudillo,
y en su fogoso tordillo
salió Brian;
pocos eran y él delante
venía, al bruto arrogante,
dio una lanzada Quillán.
Lo cargó al punto la indiada;
con la fulminante espada
se alzó Brian;
grandes sus ojos brillaron,
y las cabezas rodaron
de Quitur y Callupán.
Echando espuma y herido
como toro enfurecido
se encaró,
ceño torvo revolviendo,
y el acero sacudiendo:
nadie acometerle osó.

Valichu estaba en su brazo;
pero el golpe de un bolazo
cayó Brian.

Como potro en la llanura:
cebo en su cuerpo y hartura
encontrará el gavilán."

"Las armas cobarde entrega
el que vivir quiere esclavo;
pero el indio guapo no.

Chañil murió como bravo,
batallando en la refriega:
de una lanzada murió."

Quiénes su pérdida lloran,
quiénes sus hazañas mentan.

Óyense voces confusas
medio articuladas quejas,
baladros, cuyo son ronco
en la llanura resuena.

De repente todos callan,
y un mundo murmullo reina,
semejante al de la brisa
cuando rebulle en la selva;
pero, gritando, algún indio
en la boca se palmea,
y el disonante alarido
otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo
de las pasadas ofensas
se aviva en su ánimo entonces,

y atizando su fiereza
al rencor adormecido
y a la venganza subleva:
en su mano los cuchillos,
a la luz de las hogueras,
llevando muerte relucen:
se ultrajan, riñen, vocean,
como animales feroces
se despedazan y bregan.
Y asombradas las cautivas,
la carnicería horrenda
miran, y a Dios en silencio
humildes preces elevan.
Sus mujeres entretanto,
cuya vigilancia tierna
en las horas del peligro
siempre cautelosa vela,
acorren luego a calmar
el frenesí que los ciega,
ya con ruegos y palabras
de amor y eficacia llenas;
ya interponiendo su cuerpo
entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
las desoyen y atropellan,
lanzando injuriosos gritos
y los cuchillos no sueltan
sino cuando, ya rendida
su natural fortaleza

a la embriaguez y al cansancio,
dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza
sigue el llorar de las hembras
por sus maridos y deudos;
las lastimosas endechas,
a la abundancia pasada,
a la presente miseria,
a las víctimas queridas
de aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
hace a los lamentos tregua,
interrumpido por ayes
de moribundos, o quejas,
risas, gruñir sofocado
de la embriagada torpeza;
al espantoso ronquido
de los que durmiendo sueñan,
los gemidos infantiles
del ñacurutú se mezclan,
chillidos, aúllos tristes
del lobo que anda a la presa
de cadáveres, de troncos,
miembros, sangre y osamentas,
entremezclados con vivos,
cubierto aquel campo queda,
donde poco antes la tribu
llegó alegre y tan soberbia.

La noche en tanto camina
triste, encapotada y negra;
y la desmayada luz
de las festivas hogueras
sólo alumbra los estragos
de aquella bárbara fiesta.

TERCERA PARTE: EL PUÑAL

Yace en el campo tendida,
cual si estuviera sin vida,
ebria la salvaje turba,
y ningún ruido perturba,
su sueño o sopor mortal.
Varones y hembras mezclados,
todos duermen sosegados.
Sólo, en vano tal vez, velan
los que libertarse anhelan
del cautiverio fatal.
Paran la oreja bufando
los caballos, que vagando
libres despuntan la grama;
y a la moribunda llama
de las hogueras se ve,
se ve sola y taciturna,
símil a sombra nocturna,
moverse una forma humana,
como quien lucha y se afana
y oprime algo bajo el pie.
Se oye luego triste aúllo,
y horrisonante murmullo,

semejante al del novillo
cuando el filoso cuchillo
lo degüella sin piedad,
y por la herida resuelta,
y aliento y vivir por ella,
sangre hirviendo a borbollones,
en horribles convulsiones
lanza con velocidad.

Silencio: ya el paso leve
por entre la hierba mueve,
como quien busca y no atina,
y temerosa camina
por ser vista o tropezar,
una mujer; en la diestra
un puñal sangriento muestra.

Sus largos cabellos flotan
desgreñados, y denotan
de su ánimo el batallar.

Ella va. Toda es oídos;
sobre salvajes dormidos
va pasando; escucha, mira,
se para, apenas respira,
y vuelve de nuevo a andar.

Ella marcha, y sus miradas
vagan en torno azoradas,
cual si creyesen ilusas
en las tinieblas confusas
mil espectros divisar.

Ella va; y aun de su sombra,
como el criminal, se asombra;
alza, inclina la cabeza;
pero en un cráneo tropieza
y queda al punto mortal.
Un cuerpo gruñe y resuella,
y se revuelve..., mas ella
cobra espíritu y coraje,
y en el pecho del salvaje
clava el agudo puñal.
El indio dormido expira,
y ella veloz se retira
de allí, y anda con más tino
arrostrando del destino
la rigurosa crueldad.
Un instinto poderoso,
un afecto generoso
la impele y guía segura,
como luz de estrella pura,
por aquella obscuridad.
Su corazón de alegría
palpita. Lo que quería,
lo que buscaba con ansia
su amorosa vigilancia
encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
de su alma el espejo terso
su amor, esperanza y vida;

allí contempla embebida
su terrestre serafín.

—Brian —dice—, mi Brian querido,
busca durmiendo el olvido;
quizás ni soñado espera
que yo entre esta gente fiera
le venga a favorecer.

Lleno de heridas, cautivo,
no abate su ánimo altivo
la desgracia, y satisfecho
descansa, como en su lecho,
sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
para hacerle más amargo
de la muerte el pensamiento,
deleitarse en su tormento,
y más su rencor cebar
prolongando su agonía,
la vida suya, que es mía,
guardaron, cuando triunfantes
hasta los tiernos infantes
osaron despedazar.

Arrancándoles del seno
de sus madres —¡día lleno
de execración y amargura,
en que murió mi ventura,
tu memoria me da horror!—
Así dijo, y ya no siente,
ni llora, porque la fuente

del sentimiento fecunda,
que el femenino pecho inunda,
consumió el voraz dolor.
Y el amor y la venganza
en su corazón alianza
han hecho, y sólo una idea
tiene fin y saborea
su ardiente imaginación.
Allí está su amante herido,
mirando al cielo, y ceñido
el cuerpo con duros lazos,
abiertos en cruz los brazos,
ligadas manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;
inmóvil, sin fuerza, inerme
yace su brazo invencible;
de la pampa el león terrible
presa de los buitres es.
Entonces las ataduras,
que sus carnes roen duras,
corta, corta velozmente
con su puñal obediente,
teñido en sangre común.
Brian despierta; su alma fuerte,
conforme ya con su suerte,
no se conturba, ni azora;
poco a poco se incorpora,
mira sereno, y cree ver
un asesino: echan fuego

sus ojos de ira; mas luego
se siente libre, y se calma,
y dice: —¿Eres alguna alma
que pueda y deba querer?
¿Eres espíritu errante,
ángel bueno, o vacilante
parto de mi fantasía?
—Mi vulgar nombre es María.
Ángel de tu guarda soy;
y mientras cobra pujanza,
ebria la feroz venganza
de los bárbaros, segura,
en aquesta noche oscura,
velando a tu lado estoy;
nada tema tu congoja.—
Y enajenada se arroja
de su querido en los brazos,
le da mil besos y abrazos,
repitiendo: —Brian, mi Brian—.
La alma heroica del guerrero
siente el gozo lisonjero
por sus miembros doloridos
correr, y que sus sentidos
libres de ilusión están.
Y en labios de su querida
apura aliento de vida,
y la estrecha cariñoso
y en éxtasis amoroso
ambos respiran así.

Mas, súbito él la separa,
como si en su alma brotara
horrible idea, y le dice:
—María, soy infelice,
ya no eres digna de mi.
Del salvaje la torpeza
habrá ajado la pureza
de tu honor, y mancillado
tu cuerpo santificado
por mi cariño y amor;
ya no me es dado quererte.—
Ella le responde: —Advierte,
que en este acero está escrito
mi pureza y mi delito,
mi ternura y mi valor.
Mira este puñal sangriento,
y saltará de contento
tu corazón orgulloso;
diómelo amor poderoso,
diómelo para matar
al salvaje que insolente
ultrajar mi honor intente;
para a un tiempo, de mi padre,
de mi hijo tierno y mi madre
la injusta muerte vengar.
Y tu vida, más preciosa
que la luz del sol hermosa,
sacar de las fieras manos
de estos tigres inhumanos,

o contigo perecer.

Loncoy, el cacique altivo
cuya saña al atractivo
se rindió de estos mis ojos,
y quiso entre sus despojos
de Brian la querida ver,
después de haber mutilado
a su hijo tierno; anegado
en su sangre yace impura;
sueño infernal su alma apura:
dióle muerte este puñal.

Levanta, mi Brian, levanta,
sigue, sigue mi ágil planta;
huyamos de esta guarida
donde la turba se anida
más inhumana y fatal.

—¿Pero adónde, adónde iremos?

¿Por fortuna encontraremos
en la pampa algún asilo,
donde nuestro amor tranquilo
logre burlar su furor?

¿Podremos, sin ser sentidos,
escapar, y desvalidos,
caminar a pie, y jadeando,
con el hambre y sed luchando,
el cansancio y el dolor?

—Sí, el anchuroso desierto
más de un abrigo encubierto
ofrece, y la densa niebla

que el cielo y la tierra puebla,
nuestra fuga ocultará.

Brian, cuando aparezca el día,
palpitantes de alegría,
lejos de aquí ya estaremos,
y el alimento hallaremos
que el cielo al infeliz da.

—Tú podrás, querida amiga,
hacer rostro a la fatiga,
mas yo, llagado y herido,
débil, exangüe, abatido,
¿cómo podré resistir?

Huye tú, mujer sublime,
y del oprobio redime
tu vivir predestinado;
deja a Brian infortunado,
solo, en tormentos morir.

—No, no, tú vendrás conmigo,
o pereceré contigo.

De la amada patria nuestra
escudo fuerte es tu diestra,
y, ¿qué vale una mujer?

Huyamos, tú de la muerte,
yo de la oprobiosa suerte
de los esclavos; propicio
el cielo este beneficio
nos ha querido ofrecer.

No insensatos lo perdamos.

Huyamos, mi Brian, huyamos;

que en el áspero camino
mi brazo, y poder divino
te servirán de sostén.

—Tu valor me infunde fuerza,
y de la fortuna adversa,
amor, gloria o agonía
participar con María
yo quiero. Huyamos; ven, ven.—

Dice Brian y se levanta;
el dolor traba su planta,
mas devora el sufrimiento,
y ambos caminan a tienta
por aquella obscuridad.

Tristes van; de cuando en cuando,
la vista al cielo llevando,
que da esperanza al que gime:
¿qué busca su alma sublime,
la muerte o la libertad?

—Y en esta noche sombría
¿quién nos servirá de guía?
Brian, ¿no ves allá una estrella
que entre dos nubes centella
cual benigno astro de amor?
Pues ésta es por Dios enviada,
como la nube encarnada
que vio Israel prodigiosa;
sigamos la senda hermosa
que nos muestra su fulgor.

Ella del triste desierto
nos llevará a feliz puerto.—
Ellos van. Solas, perdidas,
como dos almas queridas,
que amor en la tierra unió,
y en la misma forma de antes,
andan por la noche errantes,
con la memoria hechicera
del bien que en su primavera
la desdichada les robó.
Ellos van. Vasto, profundo
como el páramo del mundo
misterioso es el que pisan.
Mil fantasmas se divisan,
mil formas vanas allí,
que la sangre joven hielan:
mas ellos vivir anhelan.
Brian se desmaya caminando,
y al cielo otra vez mirando
dice a su querida así:
—Mira: ¿no ves? La luz bella
de nuestra polar estrella
de nuevo se ha obscurecido,
y el cielo más renegrado
nos anuncia algo fatal.
—Cuando contrario al destino
nos cierre, Brian, el camino
antes de volver a manos

de esos indios inhumanos,
nos queda algo: este puñal.

CUARTA PARTE: LA ALBORADA

Todo estaba silencioso:

la brisa de la mañana
recién la hierba lozana
acariciaba, y la flor;
y en el oriente nubloso,
la luz apenas rayando,
iba el campo matizando
de claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido:

ni del pájaro se oía
la variada melodía,
música que el alba da;
y sólo al ronco bufido
de algún potro que se azora,
mezclaba su voz sonora
el agorero yajá.

En el campo de la holanza

so la techumbre del cielo,
libre, ajena de recelo
dormía la tribu infiel;
mas la terrible venganza
de su constante enemigo
alerta estaba, y castigo
le preparaba crüel.

Súbito, al trote asomaron
sobre la extendida loma

dos jinetes, como asoma
el astuto cazador;
al pie de ella divisaron
la chusma, quieta y dormida,
y volviendo atrás la brida
fueron a dar el clamor
de alarma al campo cristiano,
pronto en brutos altaneros
un escuadrón de lanceros
trotando allí se acercó,
con acero y lanza en mano;
y en hileras dividido
al indio, no apercebido,
en doble muro encerró.
Entonces, el grito, "Cristiano, cristiano"
resuena en el llano,
"Cristiano" repite confuso clamor.
La turba que duerme, despierta turbada,
clamando azorada,
"Cristiano nos cerca, cristiano traidor".
Niños y mujeres, llenos de conflicto,
levantan el grito;
sus almas conturba la tribulación;
los unos pasmados, al peligro horrendo,
los otros huyendo,
corren, gritan, llevan miedo y confusión.
Quién salta al caballo que encontró primero,
quién toma el acero,
quién corre su potro querido a buscar;

mas ya la llanura cruzan desbandadas,
yeguas y manadas,
que el canto enemigo las hizo espantar.
En trance tan duro los carga el cristiano,
blandiendo en su mano
la terrible lanza que no da cuartel.
Los indios más bravos luchando resisten,
cual fieras embisten:
el brazo sacude la matanza cruel.
El sol aparece; las armas agudas
relucen desnudas,
horrible la muerte se muestra por doquier.
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,
crece del salvaje,
sin su apoyo, inerme se deja vencer.
Pie en tierra poniendo la fácil victoria,
que no le da gloria
prosigue el cristiano lleno de rencor.
Caen luego caciques, soberbios caudillos.
Los fieros cuchillos
degüellan, degüellan, sin sentir horror.
Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
gemir del que implora,
puesto de rodillas, en vano piedad,
todo se confunde: del plomo el silbido,
del hierro el crujido
que ciego no acata ni sexo, ni edad.
Horrible, horrible matanza
hizo el cristiano aquel día;

ni hembra, ni varón, ni cría
de aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
siguió el paso a la perfidia,
y en no cara y breve lidia
su cerviz al hierro dio.
Viose la hierba teñida
de sangre hedionda, y sembrado
de cadáveres el prado
donde resonó el festín.
Y del sueño de la vida
al de la muerte pasaron
los que poco antes holgaron,
sin temer aciago fin.
Las cautivas derramaban
lágrimas de regocijo;
una al esposo, otra al hijo
debió allí la libertad;
pero ellos tristes estaban,
porque ni vivo ni muerto
halló a Brian en el desierto,
su valor y su lealtad.

QUINTA PARTE: EL PAJONAL

Así, huyendo a la ventura,
ambos a pie divagaron
por la lóbrega llanura.
Y al salir la luz del día,
a corto trecho se hallaron
de un inmenso pajonal.

Brian debilitado, herido,
a la fatiga rendido,
la planta apenas movía;
su angustia era sin igual.
Pero un ángel, su querida,
siempre a su lado velaba.
Y el espíritu y la vida,
que su alma heroica anidaba,
le infundía al parecer,
con miradas cariñosas,
voces del alma profundas
que debieran ser eternas,
y aquellas palabras tiernas,
o armonías misteriosas
que sólo manan fecundas
del labio de la mujer.
Temerosos del salvaje,
acogiéronse al abrigo
de aquel pajonal amigo,
para de nuevo su viaje
por la noche continuar;
descansar allí un momento,
y refrigerio y sustento
a la flaqueza buscar.
Era el adusto verano;
ardiente el sol como fragua,
en cenagoso pantano
convertido había el agua
allí estancada, y los peces,

los animales inmundos
que aquel bañado habitaban,
muertos, al aire infectaban,
o entre las impuras heces
aparecían a veces
boqueando moribundos,
como del cielo implorando
agua y aire.

Allí se veía
al voraz cuervo, tragando
lo más asqueroso y vil;
allí la blanca cigüeña,
el pescuezo corvo alzando,
en su largo pico enseña
el tronco de algún reptil;
más allá se ve el carancho,
que jamás presa desdeña,
con pico en forma de gancho
de la expirante alimaña
sajar la fétida entraña.

Y en aquel páramo yerto,
donde a buscar como a puerto
refrigerio, van errantes
Brian y María anhelantes,
sólo divisan sus ojos,
feos, inmundos despojos
de la muerte.

Si en aquel instante vino
la memoria perdurable

de la pasada ventura
a turbar su fantasía,
¡cuán amarga les sería!
¡Cuán triste, yerma y oscura!
Pero con pecho animoso
en el lodo pegajoso
penetraron, ya cayendo,
ya levantando o subiendo
el pie flaco y dolorido;
y sobre un flotante nido
de yajá se sentaron
a descansar o morir.
Súbito allí desmayaron
los espíritus vitales
de Brian a tanto sufrir;
y en los brazos de María,
que inmóvil permanecía,
cayó muerto al parecer.
Pero a cada golpe injusto
retoñece más robusto
de su noble alma el valor;
y otra vez, con paso fuerte,
huella el fango, y rompiendo enfurecida,
los espesos matorrales,
camina a un sordo rumor
que oye próximo, y mirando
el hondo cauce anchuroso
de un arroyo que copioso
entre la paja corría,

se volvió atrás, exclamando
arrobada de alegría:

—¡Gracias te doy, Dios Supremo!

¡Brian se salva, nada temo!—

Pronto llega al alto nido
donde yace su querido,
sobre sus hombros le carga,
y con vigor desmedido
lleva, lleva, a paso lento,
al puerto de salvamento
aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
el inmoble cuerpo posa,
y los labios, frente y cara
en el agua fresca y clara
le embebe. Su aliento aspira,
por ver si vivo respira;
trémula su pecho toca
y otra vez sienes y boca
le empapa.

Brian recobrado
se mueve, incorpora, alienta,
y débil mirada lenta
clava en la hermosa María,
diciéndole: —Amada mía,
pensé no volver a verte,
y que este sueño sería
como el sueño de la muerte.
Pero tú, siempre velando,

mi vivir sustentas, cuando
yo en nada puedo valerte,
sino doblar la amargura
de tu extraña desventura.
—Que vivas tan sólo quiero;
porque si mueres, yo muero;
Brian mío, alienta, triunfamos;
en salvo y libres estamos;
no te aflijas. Bebe, bebe,
esta agua cuyo frescor
el extenuado vigor
volverá a tu cuerpo en breve,
y esperemos con valor
de Dios el fin que imploramos.—
Dijo así y en la corriente
recoge agua, y diligente,
de sus miembros con esmero,
se aplica a lavar primero
las dolorosas heridas,
las hondas llagas henchidas
de negra sangre cuajada,
y a sus inflamados pies
el lodo impuro; y después
con su mano delicada
las venda. Brian, silencioso
sufre el dolor con firmeza;
pero siente a la flaqueza
rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento
corre a buscar; y un momento,
sin duda el cielo piadoso,
de aquellos finos amantes,
infortunados y errantes,
quiso aliviar el tormento.

SEXTA PARTE: LA ESPERA

Triste, oscura, encapotada
llegó la noche esperada;
la noche que ser debiera
su grata y fiel compañera;
y en el vasto pajonal
permanecen inactivos
los amantes fugitivos.
Su astro, al parecer, declina,
como la luz vespertina
entre sombra funeral.
Brian, por el dolor vencido
al margen yace tendido
del arroyo; probó en vano
el paso firme y lozano
de su querida seguir;
sus plantas desfallecieron,
y sus heridas vertieron
sangre otra vez. Sintió entonces
como una mano de bronce
por sus miembros discurrir.
María espera a su lado,
con corazón agitado,

que amanecerá otra aurora
más bella y consoladora;
el amor le inspira fe
en destino más propicio,
y le oculta el precipicio
cuya idea sólo pasma:
el descarnado fantasma
de la realidad no ve.
Pasión vivaz la domina,
ciega pasión la fascina;
mostrando a su alma el trofeo
de su impetuoso deseo
le dice: tú triunfarás.
Ella infunde a su flaqueza
constancia allí y fortaleza.
Ella su hambre, su fatiga
y sus angustias mitiga
para devorarlas más.
Sin el amor que en sí entraña,
¿qué sería? Frágil caña,
ser delicado, fina hebra,
que el más leve impulso quiebra;
sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino
que pone a raya el destino;
ángel poderoso y tierno
a quien no haría el infierno
vacilar y estremecer.

María no desespera,
porque su ahínco procura,
para lo que ama, ventura;
y al infortunio supera
su imperiosa voluntad.
Mañana —el grito constante
de su corazón amante
le dice—, mañana el cielo
hará cesar tu desvelo;
la nueva luz esperad.
La noche cubierta, en tanto
camina en densa tiniebla,
y en el abismo de espanto,
que aquellos páramos puebla,
ambos perdidos se ven.
Parda, rojiza, radiosa,
una faja luminosa
forma horizonte no lejos;
sus amarillos reflejos
en lo obscuro hacen vaivén.
La llanura arder parece,
y que con el viento crece,
se encrespa, aviva y derrama
el resplandor y la llama
en el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado
en tinieblas engolfado
cuyo esplendor vaga horrendo,

era trasunto estupendo
de la infernal terriblez.
Brian, recostado en la hierba,
como ajeno de sentido,
nada ve. Ella un ruido
oye, pero sólo observa
la negra desolación,
o las sombrías visiones
que engendran las turbaciones
de su espíritu.

Miró a su amante. Espantoso,
un bramido cavernoso
la hizo temblar, resonando:
era el tigre, que buscando
pasto a su saña feroz
en los densos matorrales,
nuevos presagios fatales
al infortunio traía.

En silencio, echó María
mano a su puñal, veloz.

SÉPTIMA PARTE: LA QUEMAZÓN

El aire estaba inflamado;
turbia la región suprema,
envuelto el campo en vapor;
rojo el sol, y coronado
de parda obscura diadema,
amarillo resplandor
en la atmósfera esparcía;
el bruto, el pájaro huía,

y agua la tierra pedía
sedienta y llena de ardor.
Soplando a veces el viento
limpiaba los horizontes,
y de la tierra brotar
de humo rojo y ceniciento
se veían como montes;
y en la llanura ondear,
formando espiras doradas,
como lenguas inflamadas,
o melenas encrespadas
de ardiente, agitado mar.
Era la plaga que cría
la devorante sequía
para estrago y confusión:
de la chispa de una hoguera,
que llevó el viento ligera,
nació grande, cundió fiera
la terrible quemazón.
No hay cómo huir, no hay efugio,
esperanza ni refugio;
¿dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brian yace inmoble
como el orgulloso roble
que derribó el huracán.
—Huye presto —Brian decía
con voz débil a María—,
déjame solo morir;
este lugar es un horno:

huye, ¿no miras en torno
vapor cárdeno subir?—
Ella calla, o le responde:
—Dios largo tiempo no esconde
su divina protección.
¿Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
o morir mi corazón.—
Pero del cielo era juicio
que en tan horrendo suplicio
no debían perecer;
y que otra vez de la muerte
inexorable, amor fuerte
triunfase, amor de mujer.
Súbito ella se incorpora;
de la pasión atesora
el espíritu inmortal
brota en su faz la belleza,
estampando fortaleza
de criatura celestial.
No sujeta a ley humana;
y como cosa liviana
carga el cuerpo amortecido
de su amante, y con él junto,
sin cejar, se arroja al punto
en el arroyo extendido.
Cruje el agua, suavemente
surca la mansa corriente
con el tesoro de amor;

semejante a ondina bella,
su cuerpo airoso descuella,
y hace, nadando, rumor.
Los cabellos atezados,
sobre sus hombros nevados,
suelos, reluciendo van;
boga con un brazo lenta,
y con el otro sustenta,
a flor, el cuerpo de Brian.
La suerte injusta se afana
en perseguirlos. Ufana
en la orilla opuesta el pie
pone María triunfante,
y otra vez libre a su amante
de horrenda agonía ve.
¡Oh, del amor maravilla!
En sus ojos bellos brota
del corazón, gota a gota,
el tesoro sin mancilla,
celeste, inefable unción;
sale en lágrimas deshecho
su heroico amor satisfecho;
y su formidable cresta
sacude, enrosca y enhiesta
la terrible quemazón.
Calmó después el violento
soplar del airado viento:
el fuego a paso más lento
surcó por el pajonal,

sin tocar ningún escollo;
y a la orilla de un arroyo
a morir al cabo vino,
dejando en su ancho camino
negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE: BRIAN

Pasó aquél, llegó otro día,
triste, ardiente y todavía
desamparados como antes,
a los míseros amantes
encontró en el pajonal.

Brian, sobre el pajizo lecho
inmóvil está, y en su pecho
arde fuego inextinguible;
brota en su rostro visible
abatimiento mortal.

Brian sigue inmóvil; y María,
en formar se entretenía
de junco un denso tejido,
que guardase a su querido
de la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
que al levantarse o moverse
hace animal corpulento,
crujir la paja y romperse
de un cercano matorral.

Miró, ¡oh terror!, y acercarse
vio con movimiento tardo,
y hacia ella encaminarse,

lamiéndose, un tigre pardo
tinto en sangre; ¡atroz señal!
Cobrando ánimo al instante
se alzó María arrogante,
en mano el puñal desnudo,
vivo el mirar, y un escudo
formó de su cuerpo a Brian.
Llegó la fiera inclemente;
clavó en ella vista ardiente,
y a compasión ya movida,
o fascinada y herida
por sus ojos y ademán,
recta prosiguió el camino,
y al arroyo cristalino
se echó a nadar.

María cayó sin sentido
a conmoción tan violenta.
Bella como ángel dormido
la infeliz estaba, exenta
de tanto afán y dolor.

Brian despierta del letargo;
brilla matiz más risueño
en su rostro varonil.

Se sienta; extático mira,
como el que en vela delira;
lleva la mano a su frente
sudorífera y ardiente.

Cobra María el sentido
al oír de su querido

la voz y en gozo nadando,
se incorpora en él clavando
su cariñosa mirada.
—Pensé que dormías —le dice—,
y despertarte no quise.
Brian delira; en su agonía
habla de batalla y gloria.
Entonces las ataduras
de su fiebre con ternura
María ciñe con sus manos.
Mas el guerrero se apaga;
y en la tarde que ya baja
sobre la pampa callada,
con voz débil le dice:
—Oye; no te fíes, vela;
lanza, caballo y espuela
siempre lista has de tener.
—Brian, alienta, yo te cuido.—
Mas su voz no le ha llegado.
Los ojos Brian ha cerrado.
—Resígnate. Bienvenida
siempre, mi amor, fue la muerte,
para el bravo, para el fuerte,
que a la patria y al honor
joven consagró su vida.
Lo que me da el sentimiento
es que de ti me separo,
dejándote sin amparo
aquí en esta soledad.

¡Guarda en tu pecho mi amor,
nadie llegue a su santuario!

Adiós, en otra morada
nos volveremos a ver.—

Calló Brian, y en su querida
clavó mirada tan bella,
tan profunda y dolorida,
que toda el alma por ella
al parecer exhaló.

El crepúsculo esparcía
en el desierto luz mustia.

Del corazón de María,
el desaliento y angustia
sólo el cielo penetró.

NOVENA PARTE: MARÍA

¿Qué hará María? En la tierra
ya no se arraiga su vida.

¿Dónde irá? Su pecho encierra
tan honda y vivaz herida,
tanta congoja y pasión,
que para ella es infecundo
todo consuelo del mundo,
burla horrible su contento;
su compasión un tormento;
su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,
su bullicio y vana gloria,
si ella entre todos los seres,
como desdichada escoria,

lejos, olvidada está?
¿En qué corazón humano,
en qué límite del orbe,
el tesoro soberano,
que sus potencias absorbe,
ya perdido encontrará?
Nace del sol la luz pura,
y una fresca sepultura
encuentra: lecho postrero,
que al cadáver del guerrero
preparó el más fino amor.
Sobre ella hincada, María,
muda como estatua fría,
inclinada la cabeza,
semejaba a la tristeza
embebida en su dolor.
Sus cabellos renegridos
caen por los hombros tendidos,
y sombrean de su frente,
su cuello y rostro inocente,
la nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
pero como ángel que implora,
para miserias del suelo
una mirada del cielo,
hace esta sencilla prez:
—Ya en la tierra no existe
el poderoso brazo
donde hallaba regazo

mi enamorada sien:
Tú, ¡oh Dios!, no permitiste
que mi amor lo salvase,
quisiste que volase
donde florece el bien.
Abre, Señor, a su alma,
tu seno regalado,
del bienaventurado
reciba el galardón.
Encuentre allí la calma,
encuentre allí la dicha,
que busca en su desdicha,
mi viudo corazón.—
Y alza luego la rodilla,
y tomando por la orilla
del arroyo hacia el ocaso,
con indiferente paso
se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
de paja, y mira adelante
ilimitado horizonte,
llanura y cielo brillante,
desierto y campo doquier.
Día y noche ella camina;
y la estrella matutina,
caminando solitaria,
sin articular plegaria,
sin descansar ni dormir,
la ve. En su planta desnuda

brota la sangre y chorrea;
pero toda ella, sin duda,
va absorta en la única idea
que alimenta su vivir.
Tremebundo precipicio,
fiebre lenta y devorante,
último efugio, suplicio
del infierno, semejante
a la postrer convulsión
de la víctima en tormento.
Dos soles pasan. ¿Adónde
tu poder, ¡oh Dios!, se esconde?
No; de la quieta llanura
ya se remonta a la altura
gritando el yajá.
¡Oh, ave de la pampa hermosa,
cómo te meces ufana!
Reina, sí, reina orgullosa
eres, pero no tirana
como el águila fatal.
Tuyo es también del espacio
el transparente palacio.
Si ella en las rocas se anida,
tú en la esquivez escondida
de algún vasto pajonal.
De la víctima el gemido,
el huracán y el tronido
ella busca, y deleite halla
en los campos de batalla.

Pero tú, la tempestad,
día y noche vigilante,
anuncias al gaucho errante;
tu grito es de buen presagio,
al que asechanza o naufragio
teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
la voz del ave agorera;
oye, María, infelice:
alerta, alerta, te dice;
aquí está tu salvación.
¿No la ves cómo en el aire
balancea con donaire
su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre a calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,
ni el feliz reclamo escucha;
y caminando va aprisa.

El demonio con que lucha
la turba, impele y amaga.

Mas, ¡ah!, que en vivos corceles
un grupo de hombres armados
se acerca. ¿Serán infieles,
enemigos? No, soldados
son del desdichado Brian.

Llegan; su vista se pasma;
ya no es la mujer hermosa,
sino pálido fantasma;

mas reconocen la esposa
de su fuerte capitán.
¡Creíanla cautiva o muerta!
Grande fue su regocijo.
Ella los mira, y despierta:
—¿No sabéis qué es de mi hijo?—
con toda el alma exclamó.
Tristes mirando a María
todos el labio sellaron.
Mas luego una voz impía
—Los indios lo desollaron—
roncamente articuló.
Y al oír tan crudo acento,
como quiebra el seco tallo
el menor soplo de viento
o como herida del rayo
cayó la infeliz allí.
Una lágrima le dieron;
y funerales le hicieron
dignos de contarse aquí.
Aquella trama formada
de la hebra más delicada,
cuyo espíritu robusto
lo más acerbo e injusto
de la adversidad probó,
un soplo débil deshizo.
Dios para amar, sin duda, hizo
un corazón tan sensible;

palpitar le fue imposible
cuando a quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh, voz fiera!

Mover al tigre pudiera
su vista sola, y no hallara
en ti alguna compasión,
tanta miseria y conflicto,
ni aquel su materno grito;
y como flecha saliste,
y en lo más profundo heriste
su anhelante corazón.

Una a una, todas bellas,
sus ilusiones volaron,
y sus deseos con ellas.

Sola y triste la dejaron
sufrir hasta enloquecer.

Quedaba a su desventura
un amor, una esperanza,
un astro en la noche oscura,
un destello de bonanza,
un corazón que querer.

Quedaba a su amor desnudo
un hijo, un vástago tierno.
Encontrarlo aquí no pudo,
y su alma al regazo eterno
lo fue volando a buscar.

Murió; por siempre cerrados
están sus ojos cansados
de errar por llanura y cielo,

de sufrir tanto desvelo,
de afanar sin conseguir.
Pero de ella aún no hay vestigio.
¿No veis el raro prodigio?
Sobre su cándida frente
aparece suavemente
un prestigio encantador.
Su boca y tersa mejilla
rosada entre nieve brilla,
y revive en su semblante
la frescura rozagante
que marchitara el dolor.
La muerte bella la quiso
y estampó en su rostro hermoso
aquel inefable hechizo,
inalterable reposo,
y sonrisa angelical,
que destellan las facciones
de una virgen en su lecho;
cuando las tristes pasiones
no han ajado de su pecho
la pura flor virginal.

EPÍLOGO

¡Oh, María! Tu heroísmo,
tu varonil fortaleza,
tu juventud y belleza
merecieron fin mejor.
Ciegos de amor el abismo
fatal tus ojos no vieron,

y sin vacilar se hundieron
en él ardiendo en amor.
De la más cruda agonía
salvar quisiste a tu amante,
y lo viste delirante
en el desierto morir.
¡Cuál tu congoja sería!
¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
que te ayudase a sentir.
Se malogró tu esperanza;
y cuando sola te viste,
también mísera caíste
como árbol cuya raíz
en la tierra ya no afianza
su pompa y florido ornato.
Nada supo el mundo ingrato
de tu constancia infeliz.
Naciste humilde y oculta
como diamante en la mina;
la belleza peregrina
de tu noble alma quedó.
El desierto la sepulta,
tumba sublime y grandiosa,
do el héroe también reposa
que la gozó y admiró.
El destino de tu vida
fue amar; amor tu delirio,
amor causó tu martirio;

te dio sobrehumano ser;
y amor, en edad florida,
sofocó la pasión tierna
que, omnipotencia, de eterna
trajo consigo al nacer.
Pero no triunfa el olvido,
de amor, ¡oh, bella María!,
que la virgen poesía
corona te forma ya
de ciprés entretejido
con flores que nunca mueren;
y que admiren y veneren
tu nombre y su nombre hará.
Hoy, en la vasta llanura,
inhospitable morada,
que no siempre sosegada
mira el astro de la luz;
descollando en una altura,
entre agreste flor y hierba,
hoy el caminante observa
una solitaria cruz.
Fórmale grata techumbre
la copa extensa y tupida
de un ombú donde se anida
la altiva águila real;
y la varia muchedumbre
de aves que cría el desierto
se pone en ella a cubierto
del frío y sol estival.

Nadie sabe cómo
plantó aquel árbol benigno,
ni quién a su sombra, el signo
puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
se acerca a aquellos lugares,
recordando sus hogares,
se postra a hacer oración.
Fama es que la tribu errante,
si hasta allí llega embebida
en la caza apetecida
de la gama y avestruz,
al ver del ombú gigante
suelta al potro la carrera
gritando: ¡allí está la cruz!
Y revuelve atrás la vista
como quien huye aterrado,
creyendo se alza el airado,
terrible espectro de Brian.
También el vulgo asombrado
cuenta que en la noche oscura
suelen en aquella altura
dos luces aparecer;
que salen y habiendo errado
por el desierto tranquilo,
juntas a su triste asilo
vuelven al amanecer.
Quizá mudos habitantes
serán del páramo aerio;

quizá espíritus, ¡misterio!,
visiones del alma son.

Quizá los sueños brillantes
de la inquieta fantasía,
forman coro en la armonía
de la invisible creación.

«La cautiva», 1837
Echeverría, Esteban

Obra de dominio público.
Edición digital de literatura.ar,
libre de leer, copiar y compartir.

<https://literatura.ar/autor/echeverria-esteban/obra/la-cautiva>